

La educación jesuita: El arte de construir catedrales

Álvaro Lobo SJ

LA EDUCACIÓN JESUITA: EL ARTE DE CONSTRUIR CATEDRALES ⁽¹⁾

ÁLVARO LOBO SJ

*“Todo el bien de la cristiandad y de todo el mundo depende
de la buena institución de la juventud”.*

14 de febrero de 1556.

*Carta de Pedro de Ribadeneiras a Felipe II,
por comisión de san Ignacio de Loyola.*

¹ El origen, la estructura y parte de estas ideas están tomadas del II Coloquio JESSEDU-Global 2021, celebrado en mayo de 2021.

EDUCACIÓN JESUITA

En 1546 ⁽²⁾ san Ignacio de Loyola cedió a la petición del por entonces duque de Gandía, san Francisco de Borja, y aceptó a otros jóvenes de la ciudad para estudiar con los jesuitas en el centro levantino. Algo parecido sucedió en 1549, cuando volvió a responder afirmativamente a los senadores de Palermo ante la propuesta de apertura del primer colegio en la ciudad de Mesina. Un fenómeno similar ocurrió al otro lado del mundo, gracias al incansable celo apostólico de san Francisco Javier. Así, poco a poco, la noticia fue corriendo como la pólvora, lloviendo decenas de peticiones al ya veterano Ignacio en su «cuartel general» de Roma. A la muerte del fundador, los colegios jesuitas eran ya una realidad asentada y en 1599 se ponía en marcha la famosa *Ratio Studiorum*, promovida por el mallorquín Jerónimo Nadal. Cien años después de la fundación de la Compañía de Jesús, el número de colegios ascendía a 444 en todo el mundo. Y en 1773 ⁽³⁾, en el momento de la Supresión que acabó con casi todos ellos, la cifra andaba por 845 centros.

Antes y después de esta fecha y hasta nuestros días, los colegios de la Compañía de Jesús se ponían al servicio de las ciudades ⁽⁴⁾ y de la Iglesia para buen provecho de alumnos, de familias y de los propios jesuitas que servían en ellos. Por sus claustros han pasado reyes, santos e ilustres gobernantes y, a su vez, artistas, filósofos o deportistas, entre los que podemos encontrar a Freddy Mercury, a Ortega y Gasset o a Andrés Iniesta, entre otros muchos. Desarrollaron el teatro con alumnos como Lope de Vega, Calderón de la Barca o el propio Molière e introdujeron el estudio de las artes liberales como las matemáticas, la física y la astronomía, al mismo tiempo que profundizaban en el latín, en el griego y en la cultura clásica. Sus aulas estaban abiertas a todas las personas ⁽⁵⁾, desde descendientes de familias nobles en grandes capitales hasta estudiantes que vivían en hogares donde no llegaba el asfalto. Junto a sus innovadores clases al *modus Parisiensis* ⁽⁶⁾, se pretendía propagar la fe - también con el fin de contrarrestar la brecha de la Reforma Protestante-, se tendían puentes con la cultura local y además se divulgaba la ciencia, como ocurría en América Latina a través de boticas y novedosos laboratorios. Desde el principio trabajaron unidos en la distancia como un solo cuerpo al servicio de una misión común, un deseo que perdura hasta hoy a través de redes de trabajo como Educate Magis o Fe y Alegría.

Casi 500 años más tarde de que san Ignacio siguiera esa intuición, la educación jesuita sigue presente a través de casi 2000 centros educativos en todo el mundo y casi

2 John W. O'Malley, SJ, *Los primeros compañeros*, capítulo 6.

3 La Compañía de Jesús fue suprimida en 1773 por Clemente XIV y posteriormente restaurada por Pío VII en 1814.

4 *MI Epp. ign.* 4, 7-9

5 *MI Epp. ign.* 4, 9-11. En palabras de Polanco: «ante todo, aceptamos en nuestras clases, pobres y ricos, gratis y por caridad, sin remuneración alguna».

6 Se trata del modelo que aprendieron los primeros jesuitas en sus años de estudio en la Universidad de la Sorbona de París.

dos millones de alumnos. Como ocurría en aquella época, los colegios se convierten en motores de cada sociedad, con gran impacto a nivel social, cultural y económico en los lugares donde están presentes. No es casualidad que se hallen en países desarrollados, en campos de refugiados o incluso en lugares donde el cristianismo está prohibido. Asimismo, además de los personajes ilustres que han engrandecido su historia, por sus pasillos siguen transitando alumnos que están llamados a construir con su esfuerzo, compromiso y profesionalidad un futuro mejor. Sin embargo, no podemos olvidar que cada uno de los centros surgió desde un deseo y un proyecto común. Se trata, pues, del fruto del amor a Dios y a la humanidad por parte de benefactores, jesuitas, trabajadores, familias y estudiantes, que convirtieron su talento y sus recursos en una realidad al servicio del Reino de Dios.

Y debemos recordar que no hay peor forma de traicionar la tradición que repetirla olvidando su esencia, porque de esta forma acaba convirtiéndose en gestos vacíos, en una historia pasada o en una extraña nostalgia de un pasado que siempre consideraremos mejor. La tradición necesita encontrarse con su sentido profundo para recrearse en cada momento y lugar de la Historia. Por eso vamos a intentar profundizar en algunos elementos de la pedagogía ignaciana que siempre han estado presentes y que hoy, siglos más tarde, siguen latiendo en cada uno de nuestros colegios.

EDUCAR PARA LA PROFUNDIDAD

Imaginémonos que, al igual que un colegio, nos dispusiéramos a construir una catedral, pues en parte comparten características similares con los centros educativos: son obras colectivas y hay mucho de generosidad –con sus luces y con sus sombras–, enlazan la historia del lugar con el discurrir de las distintas generaciones y, aunque de distinta manera, logran transformar las ciudades que las custodian. Al fin y al cabo, se convierten en el símbolo de muchas culturas y son capaces de conservar en sus piedras el alma y la religiosidad de un pueblo.

Desde este panorama, es fácil ver la necesidad de la profundidad. En primer lugar, estaría la necesidad de construir cimientos profundos, como ocurre en cualquier construcción. A su vez, es la misma profundidad en el conocimiento la que permite elevar el edificio, pues, sin un rigor y una profundidad en el estudio y el conocimiento preciso, el gótico habría sido imposible o, recientemente, la propia construcción de la Sagrada Familia resultaría un proyecto inalcanzable. Al mismo tiempo, conocer qué hay detrás de cada obra de arte en una catedral muestra qué subyace en el corazón del artista y permite que la persona que lo contempla se logre conmovir con más facilidad si cabe. No es extraño afirmar que la profundidad en una catedral redimensiona nuestra percepción de la realidad, nos ubica en el entorno y sentimos que formamos parte de algo mucho más grande.

En un mundo en el que todo cambia demasiado rápido, es imprescindible desarrollar unas raíces profundas; de lo contrario, cualquier tempestad podrá derribar las personas y los grupos, como si fueran árboles frágiles, con gran facilidad o, en caso de sequía, les resultará más difícil encontrar los nutrientes necesarios para sobrevivir. Y es que todo árbol que pretenda dar fruto necesita antes asentar bien sus raíces. Esto ocurre a nivel personal, y en ocasiones en el plano colectivo, donde a veces el desprecio de nuestro tiempo a la historia nos lleva como personas y como pueblos a olvidar quiénes somos y de dónde venimos, repitiendo así errores del pasado que nunca deberían haber ocurrido.

No obstante, la educación para la profundidad no se queda solo en aumentar el conocimiento para alargar las dimensiones de la catedral: debe saber buscar la verdad que nos libera, transforma y mejora, convirtiéndose en un tesoro que se quiere transmitir de generación en generación. Actualmente, cuando los canales de información se multiplican gracias a Internet y tiene más impacto un tuit que una tesis doctoral, urge saber diferenciar la opinión del conocimiento, lo verdadero de lo falso, lo principal de lo accesorio, el bien del mal, lo aparente de lo auténtico y lo racional del puro emotivismo. Además, la profundidad es la que permite a la ciencia no perder el sentido de lo que hace y recordarle que su labor no es otra que servir a la humanidad, porque la historia, por desgracia, nos surte de demasiados ejemplos en los que la ciencia perdió el control, con millones de víctimas de por medio.

Y, por último, la profundidad es la puerta por la que accedemos a la belleza que nos hace mejores y nos remite a algo más que nosotros mismos, dando de esta forma más valor a la vida y al mundo. Es la misma profundidad a la que nos invita san Ignacio de Loyola cuando nos propone encontrar el sentido profundo de nuestras vidas, cuando nos anima a soñar o cuando insiste en el estudio de las humanidades, o, por qué no, cuando vivimos desde la contemplación y desde el deseo de ver más allá de nuestros propios sentidos.

Educación en la profundidad no tiene que ver solo con hacerse constantemente preguntas hasta llegar más allá de nosotros mismos: implica a toda la persona y a la relación con los otros, dando espacio al respeto, a la confianza y a la amistad sincera. Educar en la profundidad no se queda en distinguir el bien del mal; es, sobre todo, separar el bien del bien aparente y elegir de lo bueno lo realmente mejor para cada circunstancia. Conlleva entonces apreciar el silencio, saber distinguir emociones y sentimientos y ver cuáles nos sirven y cuáles nos conducen a un callejón sin salida, como se interpreta en los Ejercicios Espirituales. Educar en la profundidad implica descender a una realidad de nuestra vida donde poder encontrar el amor auténtico, que es causa y motivo de toda nuestra existencia.

Quizás esta era la idea de solidez y de profundidad que tenía Jesús de Nazret cuando nos llama a construir la casa sobre roca ⁽⁷⁾ o cuando asocia su vida a la verdad ⁽⁸⁾, al camino y a la vida. Y quién sabe si fue este sentido de la profundidad el que inspiró a antiguos alumnos como René Descartes a la hora de revolucionar la filosofía, a Miguel de Cervantes cuando creó a *Don Quijote de la Mancha* o incluso a Alfred Hitchcock cada vez que dirigía una de sus películas.

EDUCAR PARA LA CIUDADANÍA GLOBAL

No son pocas las catedrales en cuyos pórticos se conservan esculpidas figuras de reyes y de pastores ⁽⁹⁾, advirtiendo al visitante que la catedral es casa de todos y que poco importa el lugar de origen cuando se habla de fe y dignidad. Curiosamente, este tipo de edificios no pertenecen a nadie en particular, sino que se convierten en hogar de todo el que quiera rezar y celebrar la fe con el resto del pueblo de Dios. Y es que la ciudadanía global ha estado siempre presente en el espíritu de la Iglesia, pese a que muchas veces se ve amenazado por la realidad de las fronteras y de los intereses particulares y nacionales.

Son varios los elementos que podemos utilizar para comprender la necesidad de formar en la ciudadanía global. Uno de los más claros está en el artículo 26 de los Derechos Humanos ⁽¹⁰⁾, y ahora de alguna manera en los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Por desgracia, en demasiados lugares se sigue poniendo en duda la dignidad de muchas personas, y en otros tantos la teoría dista bastante de la realidad. En el caso de los cristianos, la dignidad del ser humano es clara desde el principio ⁽¹¹⁾ y entendemos nuestra hermandad universal en el momento en que nos dirigimos a Dios como Padre ⁽¹²⁾.

El actual panorama mundial nos muestra que vivimos en un mundo en el que las identidades, los nacionalismos de distinto signo y las ideologías cobran cada vez más peso. Repasando la prensa podemos ver cómo todos los problemas son leídos desde una perspectiva tendenciosa que obliga a posicionarse a cada lector entre la izquierda y la derecha, los buenos y los malos y los nuestros y los otros, olvidando que

7 Mateo 7, 24-29.

8 Juan 14, 6.

9 En este caso puede ayudar recordar la portada principal de la catedral de Salamanca, hecha por el vallisoletano Juan Rodríguez, donde están representados reyes y pastores como ricos y pobres, porque todos tienen cabida.

10 «26.2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz».

11 Génesis 1, 27.

12 Lucas 15,11-32; Mateo 20,1-16 y Mateo 6, 9-13.

detrás de cada categoría están la vida y la dignidad de las personas. Son las propias ideologías las que hacen que todo problema sea analizado desde una misma óptica y las que siempre se ofrecen a sí mismas como solución a todos los problemas. Y así, en su intento pretencioso y divisor divagan en el mundo de las ideas y olvidan la crudeza de la realidad de un mundo roto.

Sin embargo, el contrapunto a esta mirada que divide y segrega la encontramos en la primera semana de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio y, seguidamente, en la «Meditación de la Encarnación»⁽¹³⁾. Frente a la mirada que solo se fija en lo malo, Dios ve lo bueno del mundo⁽¹⁴⁾. Frente a la mirada de un mundo que divide y condena, Dios mira con misericordia a todos. Frente a la mirada que solo ve fracaso y pesimismo, Dios ofrece la encarnación, la esperanza y la salvación del género humano. Y frente a un mundo que sospecha del diferente, Dios contempla cómo la diversidad del mundo es algo tan bueno como necesario.

No podemos negar que vivimos en un mundo hiperconectado. Este siglo ha ofrecido ya numerosos ejemplos de que lo que ocurre en un lugar remoto del mundo puede tener sus consecuencias a decenas de miles de kilómetros –la pandemia ha sido el caso más reciente–. Tampoco podemos soslayar que los problemas globales requieren soluciones globales; de lo contrario, pondremos parches y sembraremos frustración. Aunque no está de más saber que esto asimismo tiene ventajas, y permite el tránsito veloz de recursos, ideas y personas. Y nuestros alumnos no solo deben prepararse para viajar, apreciar las distintas culturas, hablar idiomas y ver las oportunidades que el siglo XXI les ofrece. ¿Por qué no formarlos para abrir su horizonte, concienciarse y responsabilizarse con el mundo y quizá así acrecentar su amor por el conjunto de la Humanidad?

En una frase atribuida a Leonardo da Vinci, el genio afirma que *no se ama lo que no se conoce*. Solo desde un conocimiento del mundo y de la apertura al otro y a su dignidad podremos acercarnos a sus problemas, padecer con sus sufrimientos y buscar soluciones juntos. Más recientemente, en *Querida Amazonía*⁽¹⁵⁾, el papa Francisco insistía en que la diversidad, lejos de ser un riesgo, se convierte en una gran riqueza para el género humano. Y quizá recordar aquí que *Fratelli Tutti* nos invita a embarcar a la Humanidad en un nuevo tiempo de fraternidad y entendimiento⁽¹⁶⁾.

13 Ejercicios Espirituales [102-109].

14 Génesis 1, 31.

15 FRANCISCO. *Querida Amazonía*, 37.

16 FRANCISCO. *Fratelli Tutti*, 77.

Son varios los pasajes del Evangelio en los que Jesús se encuentra con extranjeros ⁽¹⁷⁾ y personajes considerados enemigos de su pueblo ⁽¹⁸⁾, y, a pesar de todo, es capaz de reconocer su fe y su dignidad. Asimismo, envía a los discípulos a evangelizar por el mundo entero, y no solo a Galilea. Es el ejemplo de los primeros jesuitas en aquella habitación de París, cuando supieron trascender sus orígenes e incluso sus rivalidades familiares en pro del Evangelio, o el itinerario vital del propio san Francisco, Javier y de tantos otros misioneros. Y probablemente sea la experiencia de numerosos alumnos en los campos de refugiados que lejos de su patria comprenden que el extranjero también puede tratarle como un hermano gracias a profesores comprometidos con su trabajo, porque conviene recordar que si miramos nuestro mundo desde el cielo no se distinguen las fronteras.

EDUCAR PARA LA RECONCILIACIÓN

Siguiendo esta imagen de las catedrales, resulta casi obligatorio fijarnos en una de las más bellas e importantes de España, la de Santiago de Compostela. Hasta la ciudad gallega llegaron durante siglos miles de peregrinos para postrarse ante la tumba del apóstol Santiago procedentes de toda Europa. Y entre las muchas razones que motivaban esta peregrinación estaba el deseo de muchos de reconciliarse con su pasado y poder así vivir en paz el resto de sus días. Y ahora, siglos más tarde, son innumerables los motivos que llevan a miles de ciudadanos anónimos a calzarse las botas, y nadie duda que en la mayoría de los casos hay motivaciones que tienen que ver con sus anhelos más profundos.

Debemos recordar que uno de los objetivos marcados por san Ignacio para la Compañía de Jesús era reconciliar desavenidos ⁽¹⁹⁾, algo que ya realizó el propio santo en su segunda etapa en Azpeitia, allá por 1535 ⁽²⁰⁾. Así se insiste de nuevo en la Congregación General 36 ⁽²¹⁾ y es lo que pretende el sacerdote cada vez que alguien se acerca al confesionario. Y en el caso de los colegios, no podemos olvidar esta pretensión que implica a todas las personas, y por tanto a las distintas dimensiones de nuestra realidad.

Quizá la experiencia más paradigmática sea la del propio san Ignacio, primero en Loyola y sobre todo en Manresa. A lo largo de estos decisivos meses fue capaz de

17 Marcos 7, 24-30.

18 Lucas 7, 1-10.

19 «Y también manifiéstese preparado para reconciliar a los desavenidos, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad, según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común». Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús del año 1550. Aprobada y confirmada por Julio III.

20 *Autobiografía*, 88-89.

21 Así se señala en el Decreto 1 de la misma: «Compañeros en una misión de Reconciliación y de Justicia».

hacer una relectura de su vida, de aceptarse tal como era, de acoger el perdón y la misericordia y de reconocer que no todo dependía precisamente de él. Y es que solo una persona que se acepta a sí misma puede después avanzar hacia los demás, solo quien vive reconciliado con su historia puede construir su identidad y encontrar su lugar en el mundo. No es exagerado afirmar que la formación no se puede reducir a lo externo: conlleva igualmente releer nuestra propia historia y saber cómo Dios ha ido actuando en ella.

Y el siguiente paso tiene que ver con la reconciliación con los demás. Evidentemente, pasa por la reconciliación con el prójimo, por reconocer su dignidad –sobre todo, la del que más sufre– y por saber vivir en familia y comunidad más allá de la diferencia y la disidencia. También con el conjunto de la sociedad, sobre todo en un mundo donde la desigualdad social crece y los grupos aislados aumentan. Este tipo de reconciliación se traduce en justicia social; al menos, así lo formula el que fue general de la Compañía de Jesús, Pedro Arrupe, en su conocido documento *Hombres y mujeres para los demás* ⁽²²⁾. La reconciliación con los otros implica trabajar con sensibilidad por el bien común, crear relaciones e instituciones justas y la transformación paulatina de las estructuras que generan pobreza y exclusión desde la pura inconsciencia hasta el silencio más cínico. Al fin y al cabo, como señaló san Juan Pablo II, «No hay paz sin justicia. No hay justicia sin perdón ⁽²³⁾».

No podemos olvidarnos de la reconciliación con la Creación. Algo que ya se comenzaba a indicar hace años y que ahora se vuelve una emergencia mundial. Puede ser que el primer reto esté en desvincularlo de una moda con fecha de caducidad o de una ideología que atrae a unos e incomoda a otros. Detrás de la defensa de la Casa Común está en juego la percepción de cómo recibimos y cuidamos lo que se nos ha dado, pero debemos añadir el compromiso con otras generaciones ⁽²⁴⁾, ccon los más pobres, que pagan las consecuencias, y, como señala el papa Francisco, con nuestro modo de estar en el mundo ⁽²⁵⁾. Cuidar la Creación y, en consecuencia, reconciliarnos con ella nos lleva a comprender la realidad de un modo distinto y a vivir desde el agradecimiento por todo lo que se nos ha dado.

Y, por último, está la reconciliación con Dios, que nos permite dar sentido a nuestra propia existencia y comprenderla. Se trata de crear espacios de aprendizaje para una aproximación profunda, personal y rigurosa al cristianismo en la medida de lo posible. En un mundo en el que las religiones tienen tanta importancia, se requiere un conocimiento serio donde las distintas creencias no se consideren como algo irra-

²² Publicado como discurso en Valencia en 1973 para el X Congreso de Antiguos Alumnos de Europa. El título original era *La formación de la justicia y la formación en las asociaciones*.

²³ JUAN PABLO II, XXXV Jornada Mundial por la Paz de 2002, Juan Pablo II.

²⁴ FRANCISCO. *Laudato Si*, 67.

²⁵ FRANCISCO. *Laudato Si*, 231.

cional que ya no tiene cabida en nuestro mundo o, peor aún, se opte por una imagen de Dios equivocada anclada en el prejuicio, en la apropiación de colectivos o en la mala doctrina. Y, por supuesto, un conocimiento de la Iglesia real, experiencial y sano, alejado en consecuencia de demasiados estereotipos presentes en la sociedad, que lejos de acercar a un Dios que es amor a las personas solo crean rechazo, resentimiento e incompreensión en el conjunto de ella.

Reconciliarse es abrir la puerta a la misericordia. Conlleva restaurar una relación rota por el pecado, aunque la cultura actual tienda a menospreciar su importancia y su efecto. Es aceptar las heridas y avanzar hacia una pronta cicatrización. Puede ser, sin duda, una oportunidad para aproximarnos a los demás y descubrir cómo esas heridas pueden ser un motivo para crecer y unirnos más y mejor ⁽²⁶⁾ a Dios, a la Iglesia, a los otros, a la Creación y a nosotros mismos. Es el ejemplo de Jesús cuando fue capaz de sobreponerse a la muerte en la cruz y perdonar a los culpables ⁽²⁷⁾, evitando así que el pecado tenga la última palabra. Y en parte, el de aquel antiguo alumno del colegio de Mallorca, el jesuita san Pedro Claver, que en contra de casi toda la ciudad salía cada día al puerto de Cartagena de Indias para curar y cuidar a los esclavos que llegaban en barco procedentes de África, y que todavía hoy, siglos más tarde, sigue siendo un referente en la lucha por la justicia y un ejemplo de reconciliación entre pueblos y personas.

EDUCAR PARA LA FE

En cuarto lugar, conviene resaltar dos elementos imprescindibles en cada catedral. El primero sería la luminosidad. La presencia de la luz que se transforma gracias a vidrieras, linternas y rosetones no solo las hace más útiles, sino que permite descubrir su belleza y acerca a Dios a las personas a modo de revelación. Y es que la luz es capaz de hacer que podamos ver la realidad de una forma más clara, espaciosa y nítida; algo que, curiosamente, ocurre cuando reconocemos el hecho religioso en el ser humano, sacando lo mejor del ser humano. Y el segundo elemento fundamental es la clave de bóveda. Es el punto que soporta todo, pues, aunque parece poco importante, si no estuviera, el edificio se vendría abajo, convirtiéndose así en un bonito recuerdo del pasado. En nuestro ejercicio de comparación no sería otra cosa que la fe. Porque, como podemos intuir, una catedral sin fe acabaría convirtiéndose en un centro comercial, en un hotel de lujo, en un edificio alto y luminoso como si fuese un rascacielos de otra época y, en el caso de los colegios, en otro espacio educativo más.

26 FRANCISCO. *Laudato Si*, 210.

27 Lucas 23, 24.

Basta con dar un paseo por los museos de antropología para descubrir que el hombre es religioso por naturaleza. Ocurría en las pinturas de Altamira ⁽²⁸⁾, y también lo vemos en distintos yacimientos a lo largo y ancho del mundo. A través del tiempo, el arte ha dado buena muestra de este anhelo humano a través de sus múltiples lenguajes, ya que ha logrado transmitir por medio de los sentidos la necesidad de trascendencia del ser humano, que a falta de una religión donde saciar su sed y poder apoyarse buscará arrodillarse ante realidades mundanas como el dinero, el poder o el placer, entre otras tantas posibilidades.

Por otro lado, de una forma similar, los otros museos de diversa índole nos pueden ayudar a entender la necesidad de la fe para comprendernos como cultura y como sociedad. Sin un conocimiento mínimo de la Biblia, de la tradición y de la historia de la Iglesia, nuestros alumnos difícilmente podrán comprender cómo es la cosmovisión occidental y mucho menos nuestra historia, nuestro arte, nuestras costumbres y, por tanto, nuestras raíces. Es bueno señalar, a este respecto, que la mayoría de los logros en cuanto a democracia, libertad, igualdad y derechos humanos que gozamos en Europa hunden sus raíces en la tradición cristiana. Y es que solo desde el conocimiento profundo de la fe y de lo que mueve a una cultura se puede comprender cuál es la esencia de un pueblo.

Para poder avanzar en nuestro recorrido, no podemos quedarnos solo en la necesidad de cultivar la interioridad, la oración, el silencio y la devoción, de comprender la cultura y de poder dar claves esenciales de la espiritualidad ignaciana. Conviene ir un poco más lejos en el intento de comprender la fe como una clave de bóveda. Renunciar a la transmisión de la fe y a la experiencia de Dios de una forma racional abandona a las personas a un abismo intelectual. Resulta complicado imaginar un mundo en el que no haya nada más allá de la experiencia sensible, emocional, material o útil, rechazando, por consiguiente, la verdad, la justicia, la bondad y la libertad en favor de un relativismo barato y de un sinsentido existencial. La historia nos ha surtido de trágicos ejemplos en los que el ateísmo en sus diversas formas se ha convertido en un escenario perfecto para los totalitarismos que no conciben al ser humano en toda su dignidad, para los populismos que se aprovechan de la devaluación de la verdad o para el terrorismo que destroza vidas inocentes por una quimera manchada de sangre.

Ayudaría tener en cuenta que, en función del contexto y del sistema educativo del país, esta fe está llamada a ser explícita y abierta al prójimo ⁽²⁹⁾ en la medida de las posibilidades; de lo contrario, se transmitirá una fe enferma. Siempre estará presente la tensión entre el proselitismo sectario y la disolución del anuncio por miedo a ofender

²⁸ Conjunto de arte rupestre paleolítico situado en la cornisa cantábrica, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1985.

²⁹ Mateo 22, 34-40.

a alguien. Y no se trata tanto de discutir cada signo religioso en el aula y reformar las capillas como de crear los lenguajes adecuados de la fe cristiana para poder transmitirla en este siglo XXI. Hay ejemplos de imposiciones e imaginarios que han ocasionado un enorme daño, pero asimismo demasiados ejemplos revelan que simplemente una fe implícita y sin referentes externos se acaba diluyendo en otros mensajes más superficiales, y desemboca, por tanto, en confusión y en otras dificultades, como si fuera un reloj sin horas, una carretera sin señales o un mapa sin puntos cardinales. Como Compañía de Jesús, estamos llamados a transmitir aquello que nos mueve el corazón: la pasión por Cristo y por el Reino de Dios. Nunca deberíamos conformarnos con mensajes edulcorados y aún menos dejar de comprometernos con el derecho de todo bautizado a ser educado en la fe cristiana. Al fin y al cabo, nadie enciende una lámpara para ponerla debajo del celemin ⁽³⁰⁾.

Por último, debemos recordar que por nuestros pasillos pasan a diario miles de estudiantes, profesores, familias y jesuitas. No podemos perder la oportunidad de hacer de cada comunidad educativa una comunidad cristiana, donde Jesús esté en el centro de todo, se transmita una fe en un Dios vivo que sale a nuestro encuentro y así podamos vivir desde la fraternidad. Un espacio donde se invite a la alegría y que dentro de unos años sea recordado por los alumnos con cariño y emoción, y quién sabe si podrán decir que allí pasaron los mejores años de su vida. Solo si transmitimos una fe en Jesús de Nazaret y en su proyecto de Reino de Dios podremos abrir a nuestros alumnos a la alegría de la Resurrección y, en consecuencia, a la construcción de un futuro en plenitud, pues únicamente la fe es capaz de sostener la esperanza y el amor verdadero.

UNA HISTORIA POR ESCRIBIR

Es complicado saber si James Joyce, Gabriel García Márquez, Antoine de Saint-Exupéry y tantos alumnos que pasaron parte de su infancia y juventud en los colegios de jesuitas estarían totalmente de acuerdo. Y sería iluso pensar que cada uno de los ilustres personajes que decoran la lista de antiguos alumnos desarrolló al máximo las cuatro dimensiones que hemos explicado. De la misma forma que sería iluso pensar que todos los colegios son iguales, pues depende del tamaño, de la zona, del país, del contexto y de su propia historia, y aun así todos se convierten en tierra sagrada. Y, por supuesto, a la vez sería iluso creer que estas cuatro dimensiones funcionan como compartimentos estancos, sin influir los unos sobre los otros. O, dicho de otro modo, seguramente la presencia proporcionada y armonizada de las distintas partes impulsará a muchas personas y comunidades hacia la construcción del Reino de Dios, trabajando cada día al servicio de la fe y la defensa de la justicia.

30 Lucas 11, 33-35.

EDUCACIÓN JESUITA

Ahora más que nunca, es casi imposible prever cómo será el mundo de aquí a unos cuantos años. Solo sabemos que cada alumno tendrá que buscar con libertad su lugar en el mundo, y sobre todo preguntarse de qué forma quiere mejorarlo. Esperemos que cada uno de nosotros haya tenido la suficiente audacia, sana ambición y compromiso para haberlos sabido acompañar, y quién sabe si algún día los reconoceremos por sus frutos. Y ojalá su huella en el mundo permanezca viva como lo hacen tantas catedrales pese al imparable paso del tiempo.

*París, 17 de febrero de 2021.
Fiesta de San Roberto Berlarmino.*

